

Á la entrada de un puerto,
 saliendo de un arenal,
 vido en esto estar un moro
 que velaba en un adarve:
 hablóle en algarabía,
 como aquel que bien la sabe:
 —Por Dios te ruego, el moro,
 me digas una verdad:
 caballero de armas blancas
 si lo viste acá pasar,
 y si tú lo tienes preso,
 á oro lo pesarán,
 y si tú lo tienes muerto,
 désmelo para enterrar,
 pues que el cuerpo sin el alma
 solo un dinero no vale.
 —Ese caballero, amigo,
 dime tú qué señas trae.
 —Blancas armas son las tuyas,
 y el caballo es alazán,
 en el carrillo derecho
 él tenía una señal,
 que siendo niño pequeño
 se la hizo un gavilán.
 —Este caballero, amigo,
 muerto está en aquel pradal;
 las piernas tiene en el agua,
 y el cuerpo en el arenal:
 siete lanzadas tenía
 desde el hombro al calcañal,
 y otras tantas su caballo
 desde la cincha al pretal.
 No le des culpa al caballo,
 que no se la puedes dar;
 siete veces lo sacó
 sin herida y sin señal,

y otras tantas lo volvió
 con gana de pelear.

XXII

Doña Alda llora la muerte de Roldán

(Anónimo)

En París está doña Alda,
 la esposa de don Roldán,
 trescientas damas con ella
 para la acompañar:
 todas visten un vestido,
 todas calzan un calzar,
 todas comen á una mesa,
 todas comían de un pan,
 si no era sola doña Alda,
 que era la mayoral.
 Las ciento hilaban oro,
 las ciento tejen cendal,
 las ciento instrumentos tañen
 para doña Alda holgar.
 Al són de los instrumentos
 doña Alda adormido se ha:
 ensoñado había un sueño,
 un sueño de gran pesar.
 Recordó despavorida
 y con un pavor muy grande,
 los gritos daba tan grandes,
 que se oían en la ciudad.
 Allí hablaron sus doncellas,
 bien oiréis lo que dirán:
 —¿Qué es aquesto, mi señora?
 ¿Quién es el que os hizo mal?
 —Un sueño soñé, doncellas,

que me ha dado gran pesar;
 que me veía en un monte
 en un desierto lugar:
 bajo los montes muy altos
 un azor vide volar,
 tras dél viene una aguililla
 que lo afincaba muy mal.
 El azor con grande cuita
 metióse so mi brial;
 el aguililla con grande ira
 de allí lo iba á sacar;
 con las uñas lo despluma
 con el pico lo deshace.—
 Allí habló su camarera,
 bien oiréis lo que dirá:
 —Aquese sueño, señora,
 bien os lo entiendo soltar:
 el azor es vuestro esposo,
 que viene de allende el mar;
 el águila sedes vos,
 con la cual ha de casar,
 y aquel monte es la iglesia
 donde os han de velar.
 —Si así es, mi camarera,
 bien te lo entiendo pagar.—
 Otro día de mañana
 cartas de fuera le traen;
 tintas venian de dentro,
 de fuera escritas con sangre,
 que su Roldán era muerto
 en la caza de Roncesvalles.

XXIII

El almirante Guarinos

(Anónimo)

¡Mala la visteis, franceses,
 la caza de Roncesvalles!
 Don Carlos perdió la honra,
 murieron los doce Pares,
 cativaron á Guarinos
 almirante de las mares:
 los siete reyes de moros
 fueron en su cativare.
 Siete veces echan suertes
 cual d'ellos lo ha de llevar;
 todas siete le cupieron
 á Marlotes el infante.
 Más lo preciara Marlotes
 que Arabia con su ciudade.
 Dícele d'esta manera,
 y empezóle de hablare:
 —Por Alá te ruego, Guarinos,
 moro te quieras tornar;
 de los bienes d'este mundo
 yo te quiero dar asaz.
 De dos hijas que yo tengo
 yo te las quería dare,
 la una para el vestir,
 para vestir y calzare
 la otra para tu mujer,
 tu mujer la naturale.
 Darte he en arras y dote
 Arabia con su ciudade;
 si más quisieres, Guarinos,
 mucho más te quiero dare.—

Allí fablara Guarinos,
 bien oiréis lo que dirá:
 —¡No lo mande Dios del cielo
 ni Santa María su madre,
 que deje la fe de Cristo
 por la de Mahoma tomar,
 que esposica tengo en Francia,
 con ella entiendo casar!—
 Marlotes con gran enojo
 en cárceles lo manda echar
 con esposas á las manos
 porque pierda el pelear;
 el agua hasta la cinta
 porque pierda el cabalgar;
 siete quintales de fierro
 desde el hombro al calcañar.
 En tres fiestas que hay en el año
 le mandaba justiciar;
 la una Pascua de Mayo,
 la otra por Navidad,
 la otra Pascua de Flores,
 esta fiesta general.
 Vanse días, vienen días,
 venido era el de Sant Juan,
 donde cristianos y moros
 hacen gran solemnidad.
 Los cristianos echan juncia,
 y los moros arrayán;
 los judíos echan neas
 por la fiesta más honrar.
 Marlotes con alegría
 un tablado mandó armar,
 ni más chico ni más grande,
 que al cielo quiere llegar.
 Los moros con alegría
 empiezan de le tirar:

tira el uno, tira el otro,
 no llegan á la mitad.
 Marlotes con enconia
 un pregón mandara dar,
 que los chicos no mamasen,
 ni los grandes coman pan,
 hasta que aquel tablado
 en tierra haya de estar.
 Oyó el estruendo Guarinos
 en las cárceles do está:
 —¡Oh válasme Dios del cielo
 y Santa María su Madre!
 Ó casan hija del rey,
 ó la quieren desposar,
 ó era venido el día
 que me quieren justiciar.—
 Oídolo ha el carcelero
 que cerca se fué á hallar:
 —No casan hija de rey,
 ni la quieren desposar,
 ni es venida la Pascua
 que te suelen azotar;
 mas era venido un día,
 el cual llaman de Sant Juan,
 cuando los que están contentos
 con placer comen su pan.
 Marlotes de gran placer
 un tablado mandó armar;
 el altura que tenía
 al cielo quiere llegar.
 Hanle tirado los moros,
 no le pueden derribar;
 Marlotes de enojado
 un pregón mandara dar,
 que ninguno no comiese
 hasta habello derribar.—

Allí respondió Guarinos,
 bien oiréis qué fué á hablar:
 —Si vos me dáis mi caballo,
 en que solía cabalgar,
 y me diésedes mis armas,
 las que yo solía armar,
 y me diésedes mi lanza,
 la que solía llevar,
 aquellos tablados altos
 yo los entiendo derribar,
 y si no los derribase
 que me mandasen matar.—
 El carcelero qu'esto oyera
 comenzóle de hablar:
 —¡ Siete años había, siete
 que estás en este lugar,
 que no siento hombre del mundo
 que un año pudiese estar,
 y aun dices que tienes fuerzas
 para el tablado derribar!
 Mas espera tú, Guarinos,
 que yo lo iré á contar
 á Marlotes el infante
 por ver lo que me dirá.—
 Ya se parte el carcelero,
 ya se parte, ya se va;
 siendo cerca del tablado
 á Marlotes hablado ha:
 —Una nueva vos traía,
 queráismela escuchar:
 sabed que aquel prisionero
 aquesto dicho me ha:
 que si le diesen su caballo,
 el que solía cabalgar,
 y le diesen las sus armas,
 que él se solía armar,

que aquestos tablados altos
 él los entiende derribar.—
 Marlotes de qu'esto oyera
 de allí lo mandó sacar;
 por mirar si en caballo
 el podría cabalgar,
 mandó buscar su caballo,
 y mandáraselo dar,
 que siete años son pasados
 que andaba llevando cal.
 Armáronlo de sus armas,
 que bien mohosas están.
 Marlotes desde que lo vido,
 con reir y con burlar
 dice que vaya al tablado
 y lo quiera derribar.
 Guarinos con grande furia
 un encuentro le fué á dar,
 que más de la mitad dél
 en el suelo lo fué á echar.
 Los moros de qu'esto vieron
 todos le quieren matar;
 Guarinos como esforzado
 comenzó de pelear
 con los moros, que eran tantos,
 que el sol querían quitar.
 Peleara de tal suerte
 que él se hubo de soltar,
 y se fuera á la su tierra
 á Francia la natural:
 grandes honras le hicieron
 cuando le vieron llegar.

XXIV

+ Angélica y Medoro

(De D. Luis de Góngora)

En un pastoral albergue,
 que la guerra entre unos robles
 lo dejó por escondido,
 ó lo perdonó por pobre;
 do la paz viste pellico
 y conduce entre pastores,
 ovejas del monte al llano
 y cabras del llano al monte;
 mal herido, y bien curado
 se alberga un dichoso joven,
 que sin clavarle Amor flechas
 le coronó de favores.
 Las venas con poca sangre,
 los ojos con mucha noche
 le halló en el campo aquella
 vida y muerte de los hombres.
 Del palafrén se derriba,
 no porque al moro conoce,
 sino por ver que la yerba,
 tanta sangre paga en flores.
 Limpiale el rostro, y la mano
 siente al Amor que se esconde
 tras las rosas, que la muerte
 va violando sus colores.
 Escondióse tras las rosas,
 porque labren sus arpones
 el diamante de Catay
 con aquella sangre noble.
 Ya le regala los ojos,

ya le entra, sin ver por dónde,
 una piedad mal nacida
 entre dulces escorpiones.
 Ya es herido el pedernal,
 ya despide al primer golpe
 centellas de una piedad
 hija de padres traidores.
 Yerba le aplica á las llagas,
 que si no sanan entonces,
 en virtud de tales manos
 lisonjean los dolores.
 Amor le ofrece su venda,
 mas ella sus velos rompe
 para ligar sus heridas,
 ¡los rayos del sol perdonen!
 Los últimos ñudos daba,
 cuando el cielo la socorre
 de un villano, en una yegua
 que iba penetrando el bosque.
 Enfréñanle de la bella
 las tristes piadosas voces,
 que los firmes troncos mueven
 y las sordas piedras oyen;
 y la que mejor se halla
 en las selvas, que en la corte,
 simple bondad, al pío ruego
 cortésmente corresponde.
 Humilde se apea el villano,
 y sobre la yegua pone
 un cuerpo casi sin alma;
 pero con dos corazones.
 Á su cabaña los guía,
 que el sol deja el horizonte,
 y el humo de su cabaña
 les va sirviendo de norte.
 Llegaron temprano á ella,

do una labradora acoge
 un mal vivo con dos almas,
 una ciega con dos soles.
 Blando heno en vez de pluma
 para lecho les compone,
 que será tálamo luégo
 do el garzón sus dichas logre.
 Las manos pues cuyos dedos
 d'esta vida fueron dioses
 restituyen á Medoro
 salud nueva, fuerzas dobles,
 y le entregan, cuando menos,
 su beldad y un reino en dote,
 segunda envidia de Marte,
 primera dicha de Adonis.
 Corona un lascivo enjambre
 de cupidillos menores
 la choza, bien como abejas
 hueco tronco de alcornoque.
 ¡Qué de ñudos le está dando
 á un áspid la vida torpe,
 contando de las palomas
 los arrullos gemidores!
 ¡Qué bien la destierra Amor
 haciendo la cuerda azote,
 porque el caso no se infame
 y el lugar no se inficione.
 Todo es gala el Africano,
 su vestido espira olores,
 el lunado arco suspende,
 y el corvo alfanje depone:
 tórtolas enamoradas
 son sus roncós atambores
 y los volantes de Venus
 sus bien seguidos pendones.
 Desnuda el pecho anda ella,

vuela el cabello sin orden,
 si lo abrocha es con claveles,
 con jazmines si lo coge.
 El pié calza en lazos de oro
 porque la nieve se goce,
 y no se vaya por piés
 la hermosura del orbe.
 Todo sirve á los amantes;
 plumas les baten veloces
 airecillos lisonjeros,
 si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombras,
 los árboles pabellones,
 la apacible fuente sueño,
 música los ruseñores:
 los troncos les dan cortezas
 en que se guarden sus nombres,
 mejor que en tablas de mármol,
 ó que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra
 ni blanco chopo sin mote;
 si un valle Angélica suena,
 otro Angélica responde.
 Cuevas do el silencio apenas
 deja que las sombras moren,
 profanan con sus abrazos
 á pesar de sus horrores.
 ¡Choza pues, tálamo y lecho
 contestes d'estos amores,
 el cielo os guarde si puede
 de las locuras del conde!